

# ELOGIO

DEL EXCELENTISIMO SEÑOR DON JOSE DE  
SAN MARTIN Y MATORRAS, PROTECTOR DEL  
PERU, GENERALISIMO DE LAS FUERZAS DE  
MAR Y TIERRA, INSTITUTOR DE LA ÓRDEN DEL SOL,  
GRAN OFICIAL DE LA LEGION DE MERITO DE CHILE, Y  
CAPITAN GENERAL DE SUS EXERCITOS,

QUE

EN SU PUBLICO RECIBIMIENTO EN LA UNIVERSIDAD  
DE SAN MARCOS DE LIMA EL DIA 17 DE ENERO DEL  
PRESENTE AÑO

DIJO

EL D. D. JUSTO FIGUEROLA,

DIPUTADO SEGUNDO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABO-  
GADOS, CATEDRATICO DE VISPERSAS DE LEYES, PRO-  
CURADOR GENERAL DE DICHA UNIVERSIDAD, Y NO-  
TARIO MAYOR DEL ARZOBISPADO.

—o—o—

LIMA 1822. = 3°

*Imprenta de Don Manuel del Rio.*

## ADVERTENCIA.

Después de impresas estas poesías , y por consiguiente la Nota que se halla al pie de la pag. X donde se dice que solamente el reyno de Portugal ha reconocido la Independencia de las Provincias del Rio de la Plata &c , se recibió en esta capital la plausible noticia de haberse sancionado en 24 de marzo por el Gobierno de los Estados-Unidos el reconocimiento de la Independencia de las Américas. En vista de esto ha parecido conveniente dar mayor amplitud á aquella Nota, asentando , que no solo el reyno de Portugal ha reconocido la Independencia en los términos que allí se expresa, sino también el Gobierno de los Estados-Unidos; y se espera que la España no ménos convencida de su debilidad que de nuestra justicia , imite un exemplo que tanto debe contribuir á su gloria.



quemar un espurio incienso á los jefes que venian á velar sobre nuestros pasos encadenados, esparciremos los aromas, que la grãtitud y justicia exigen se prodiguen al Libertador del Perú? ¿Por qué no han reproducido los siglos los Demóstenes y Tulios? ¿Acaso acabò en ellos el vigor de la fecunda naturaleza? Esas lenguas divinas, mas terribles á los Filipos y Antonios que las falanges y legiones, parece pronunciaron en sus inmortales arenas las oraciones fúnebres á la elocuencia, que iba á sepultarse con la libertad de Grecia y Roma. Y á las grandes producciones del espíritu sucedieron las bajas adulaciones de los tímidos talentos subyugados á los tiranos, ò las quejas de los que no podian abatirse hasta adorar á los opresores de la humanidad, que para libertarse del tremendo tribunal de las letras, cuidaban de sofocarlas. Caido el imperio de los Césares y el de Constantino en las varias vicisitudes del mundo político, pasando siempre á diferentes señores, y subdividido el legado del género humano en pocos herederos del poder, despues de la ereccion de las grandes monarquias, y pequeñas repúblicas, se han dejado ver algunos fósforos de luz, pero insuficientes á restituir á la elocuencia aquella dignidad propia de su liber-

dad perdida. Y aun cuando se ha recuperado en algunos países, ó sus voces se resienten del antiguo language de la esclavitud, ó no guardan el decoro del hombre libre por principios, y se escuchan mas bien los ecos de siervo, que rompe las cadenas y blasfema contra el Señor, que las sentencias del sabio en la nobleza de su libertad.

Tal ha sido la suerte de la palabra por casi veinte siglos en el orbe antiguo, en donde tuvieron su domicilio las letras. Y en esta parte del globo, que ilustró la aciuga luz de la guerra, antes que la benéfica de la filosofía, y en donde aun en este primer alcazar de las ciencias, apenas se ha permitido ingreso á las que podian ilustrar al hombre en sus derechos, siendo la mayor pompa de la oracion destinada á inventar nuevas formas de lisonja á los representantes del Monarca; cual puede ser el estado de la elocuencia americana? Desde el asiento en que me escucha V. E. oian nuestros vireyes sus alabanzas, y con solo la dignidad del vireynato, ya estaba el orador obligado á convertirlo en héroe, y á formarlo grande desde la cuna, elevando al Apoteosis hombres comunes, cuya pequeñez se hacia mas palpable, cuanto mas se esforzaban los pauperistas á engrandecerla. Hasta aqui han ge-

mido estos oprimidos del peso de la adulación, y han recelado parecer cortos en sus elogios: yo gimo bajo el peso y dignidad de los hechos, bajo la grandeza de V. E. y temo parecer largo hiriendo su modestia. Mis predecesores han venido en las mas ocasiones á ensalzar á personas solo conocidas por sus casas ò empleos, cuya grandeza y único mérito era, ò la fortuna de sus mayores, ò el gobierno logrado por el favor, ò por motivos menos nobles: yo vengo, no á ensalzar, sino á admirar á un ilustre conocido por sus hazañas, y elevado por el voto de los pueblos. ¡Que diferencia! ¡qué empeño tan distinto! ¡Elogiar á los que solo aparecen grandes en sus panegíricos, ó al que en ellos únicamente se presentará menor de lo que es en sí mismo, y en la pública estimación! ¡Celebrar á los mandatarios de la Iberia, ó al Genio de nuestra Libertad! ¡A los que traian la comisión de apretar nuestras cadenas, ò al que ha venido solo á romperlas! ¡A los que se fatigaban por regresar á la Península cargados del botin de nuestro oro y plata, excéptos pocos que conservaron sus manos tan puras como sus intenciones, ó al que trabaja en cimentar nuestra Independencia, y en vivir á la sombra de su reputación, y de la gratitud de los pueblos! ¡O si

yó fuese tan elocuente como sensible! Entónces con solo derramar mi corazon habria llenado los votos de la escuela, y del Perú: entónces cada palabra seria una accion de gracias, y la aprobacion de mi conciencia, de V. E. mismo, y del público, levantarían mi alma sobre sí misma, y la pondrian à nivel con la grandeza del objeto.

¿Pero quien no se incendia cuando arde la sagrada llama de la Libertad? ¿Qué lengua no se suelta cuando por todas partes resueñan los vivas del júbilo público, al pregonarse el decreto de nuestra anhelada Independencia? ¡O padres, ó sabios nuestros, que dormís en la noche de la tumba, y descendisteis á ella dejándoos en la amargura de la opresion! Si acaso en el reyno eu que reposais orlados de gloria, sois capaces de gozaros en nuestra felicidad, considerad cual sea, recordando lo que gemiais en silencio, y pedid al Soberano Arbitro de las naciones, que jamas vuelva la América á ser gravada con tal peso: que sea amiga de todos los pueblos, pero enemiga de toda opresion: que use de su libertad de manera que se juzgue no empieza ahora à gozarla, sino que nació con ella: que sus hijos se digan antes de la Patria, que de la familia á que pertenezcan: y que todas las potencias vean en

cada ciudadano nuestro un Catón, un Fabricio,  
 un Valerio, que de nada se acuerden, sino  
 de la dignidad de hombres libres. Pedid mas:  
 pero yo me olvido Sr. Excmo. de V. E. y arre-  
 batado en la libertad de mi Patria, no me con-  
 vierto al Héroe, que ha venido á establecerla  
 y publicarla. Mas no, no es olvido, sino tener  
 siempre presente à V. E. porque nuestra glo-  
 riosa Independencia está de tal modo eula-  
 zada al nombre del Wasington de esta Amé-  
 rica, que jamás podrá hacerse memoria de nues-  
 tra felicidad suspirada, sin hacerla igualmente  
 de V. E.; y refiriendose la historia gloriosa de  
 nuestra regeneracion, se referirà al mismo tiem-  
 po la del Adalid ilustre, que quebró el cetro  
 de los opresores, y substituyó la gloria à la in-  
 famia, la libertad à la esclavitud, la abundan-  
 cia à la escasez, el decoro à la bajeza, y la  
 alta representacion de los pueblos del Nuevo  
 Mundo à la nulidad en que yacian. Gócese  
 V. E. en la gloria singular de que su fama cor-  
 rerá al par de nuestra grandeza y nombre, y  
 oiga desde ahora las bendiciones de la poster-  
 dad, con cuyos poderes hablo, aunque no pue-  
 da llenarlos dignamente. Ah! ¡qué timbres tan  
 altos los de V. E.! Los hombres agoviados de  
 la desgracia, y arrastrando una vida que solo  
 animaba por la afliccion, han erigido arcos y



trofeos à los conquistadores, que armados del rayo de la guerra han destruido ciudades, provincias y reynos, pero hoy los pueblos regocijados ensalzan, no al devastador de los imperios, no al azote de la humanidad, sino al hombre que con dolor se ha armado de la espada para forzar à los tiranos à que acaten la libertad que nos ha concedido Dios y la naturaleza. Bendicion, loor y càntico perpetuo al Hijo primogénito de la Patria, que rompiendo la tremenda antigua valla de la servidumbre, venciendo obstáculos à que casi no podia bastar el espíritu humano, logró establecer el trono de la libertad en el centro del más sistemado despotismo.

¡Qué grande es el hombre que hace à los pueblos felices! ¡Pero qué mayor el que los saca de la desgracia, y los constituye en la prosperidad pública! ¡El que no se cree feliz mientras considera en la amargura à sus hermanos! V. E. tiene esta grandeza, y todas sus gloriosas hazañas, y las de sus progenitores se olvidan en ella. Porque siendo V. E. hijo de un Teniente Coronel de la corona de España, à quien por su probidad y mérito se confió el gobierno de Guaraní, en donde viò V. E. la luz primera, antes es hijo de sí mismo, y natural de la América. ¿Quién recuerda el origen del

Nilo contemplando su caudal en la soberbia *Menfis*? ¿Ni quien recordará los timbres de sus progeuitores, á vista de los de Libertador de la América meridional? Quede á los hijos infelices y á los hombres sin mérito ni virtud ataviarse del ropage de sus antepasados. (a) V. E. puede gloriarse de sus padres y patria; pero mas sus padres y patria de haber dado en V. E. al orbe uno, que aumente el esplendor del género humano, y envanecerse la América de que sus héroes han aparecido obscureciendo el brillo de los del antiguo mundo. Sí: los grandes generales se formaban en la escuela de las grandes virtudes, á presencia de los grandes modelos, y á vista de los laureles. Pero haber nacido bajo el yugo del servilismo, viendo arrastrar las cadenas á sus deudos y amigos, siendo parte de la gloria continuar llevándolas hasta besar las manos que apretaban los eslabones; y sin embargo levantar su espíritu sobre la educación, despreciar las mezquina política de la antigua Corte, desestimar los miserables honores prodigados á los esclavos, lamentarse de la desgracia de la Patria, y sin los recursos de *Trasíbulo*, pero sí con los de su grande corazón, abrigar en su seno las ideas de la libertad, adorarla sigilosamente, y esperar los momentos oportunos para volar á establecerla, multipli-

cándose en los varios puntos á donde le ha llamado el grito de los pueblos, que suspiraban por la Independencia, ò este es heroismo, ò no existe, ni ha existido la heroicidad en la tierra.

V. E. destinado por la Providencia á la empresa màxima, objeto de nuestra admiracion, es conducido en la primavera de su edad á la Europa, y la contempla cuando la explosion de las ideas, contenidas en la esfera de los pensamientos, iba á conmover á todo el globo. Despues de adquirir los conocimientos militares en el Colegio de Nobles, adornado su espíritu con las luces de la historia y la política, entra V. E. al ejército de España. ¡ Pero què teatro se le presenta ! La Francia, esa nacion amable, pero precipitada en sus pasiones, derribando en público suplicio la cabeza del amigo de la América del Norte, *parece arrojó en ella el guante á las demas potencias de la Europa*, (b) preparándose al duelo mas sangriento de las letras y las armas, esperando á los escritores y á los Reyes coligados en Cruzada contra su libertad. *Su invasion y resistencia, sus conquistas casi fabulosas en los momentos, en que todo amenazaba su ruina, el fanatismo de la libertad, y el delirio de la filosofia encendiendo sus teas funestas, derramando sangre, destruyendo fortunas, y sacrificando victimas, y ese incendio alumbrá-*

*do después de la larga calma que le había precedido.... (c) ¡Qué objetos tan dignos de la meditación tranquila de una alma como la de V. E. ! ¡Y qué escuela para formar un hombre público, que desea instruirse en la lección de las ajenas desgracias, para evitar las del país de su nacimiento! Allí empezó el carácter de V. E. à desplegar toda su energía, viendo el choque del espíritu con el espíritu, del poder con el poder, de las pasiones con las pasiones, y de todas las fuerzas de la humanidad con la humanidad misma. Allí se comunicó à V. E. el espíritu de los Ricardos, Carbajales, Urrutias y Lassis, nombres que la España y las armas recordaran siempre entre sus glorias.*

Pero en medio de los uracanes, que se combatian destruyendo el muro social y religioso, apareció un hombre, à quien fué dado el poder de jugar con las pasiones, de sacar fruto de las virtudes y los vicios, de ocupar la tierra con su nombre, y de mudar la faz de los imperios. Con grandes talentos y luces, y con aptitudes para realizar al Proteo de la fábula, supo encadenar la feroz anarquía, y alucinando al pueblo con prestarse à sus voces, à los sabios con su política versátil, y à los ejércitos con sus victorias, cubierto con los títulos de Ciudadano, General, Cónsul y Emperador, des-

pues de dominar con vara despótica à la Francia, derroca à los Reyes de la Europa, dando en encomienda los tronos à sus hechuras, y aspira à la monarquía universal con la investidura de Regenerador de los pueblos. ¿Cómo podia en ese tan vasto plan no entrar la triste España por vecina, por poderosa y por nulla? Aquella gran monarquía, Señora de casi todo el Nuevo Mundo, y esclava del antiguo (d), con caudal para ser la primera, y que por su desgreño era la última en el sistema político: que satisfecha con las glorias del siglo décimo sexto reposaba con ese capital ya perdido, gravitaba sobre sí misma, durmiendo el sueño de la muerte, y airándose con los hijos que se esforzaban à despertarla de su letargo. Después de los cruentos timbres con que la engrandecieron los Reyes Católicos y sus inmediatos sucesores Carlos V. y Felipe II., à quienes dudará la historia colocar entre los grandes hombres, aun cuando les dé lugar entre los grandes Reyes, yacia entregada al arbitrio ministerial, y los nombres de sus monarcas aparecian solo en los anales para fijar las épocas de los sucesos. Pasiones mas ó menos ominosas à los pueblos de las Reynas ó Privados, han conducido el gran carro de la Iberia desde Felipe III. hasta Carlos IV., cèlebre úni-

camente por sus desgracias. Una potencia sin ejércitos, sin marina, sin capitanes, sin sabios, sin espíritu público, sin ilustracion y ¡qué dolor! sin costumbres, invadida por la primera nacion del globo, que en el fermento de las grandes convulsiones habia abortado grandes hombres en vicios y virtudes, ¡qué suerte debia esperar en la contienda mas desigual que pocas veces han visto los siglos! Mas se engañaron los que creyeron doblase la cerviz á presencia de las armas del apellidado Omnipotente. El grito de la libertad nacional, y el fuego que esta encantadora palabra comunica á los hombres aun abatidos por sistema y costumbre, suplió por ejércitos, luces y recursos. Al ver á su Rey encadenado, y colocado en el trono un Teniente del opresor, juraron sacrificar las vidas los mismos que sufrían tranquilos el yugo no de los Monarcas, sino de sus estúpidos Ministros. Confesemos aun sobre independientes la gloria nacional, y hagamos justicia á nuestra ingrata madre.

Pero ¡qué contradiccion de conducta! Cuando en la pública catástrofe que amenazaba á la Península, todo el Nuevo Mundo no se acordó de sus intereses, atendiendo solo á auxiliar á la madre oprimida con sus riquezas, sus sabios, y con todo género de sacrificios:

cuando los hijos del Plata y del Rimac á las márgenes del Bétis y del Ebro combatian denodados por la independenciam de la España: cuando V. E. recibia los elogios públicos por su valor, talentos y luces militares en los campos del honor y de la gloria por los primeros capitanes, publicándose en sus *partes* las alabanzas que naturalmente tributa al mérito la justicia: cuando vacilante el trono de los Alfonsos y Ramiros, solo podia sostenerse por los socorros generosos de los que morábamos en los países del Inca y Motesuma, amando por fé à los que se decian nuestros dueños: cuando la gratitud, la política y el propio interes exijian se acallasen las quejas de la América, y se oyese el justo clamor de sus representantes desairados, y solo llamados por ceremonia: entónces ¡ó necesidad! ¡ó delirio! entónces las disertadoras córtes tratan de remachar los clavos á las esposas que oprimian nuestras manos; y con palabras insignificantes, con discursos de pompa pueril, y con insultos ajenos del Congreso, rompen el mismo lazo con que trataban de oprimir á unos pueblos tan dignos de ser libres, y tan nobles que se olvidaron de sí mismos por solo aliviar á sus desconocidos opresores. ¡Ah! nosotros no nos hemos desprendido de la España: la España se

ha desprendido de nosotros; verdad escrita en la política y legislación del Gabinete peninsular, y sostenida por la conducta misma de los soberanos interinos de las Cortes, que trataron de regirnos en nuestra juventud como en nuestra infancia, y de hacer eterno el pupilaje de la América, cuando el tiempo, la ilustración, y la lección misma de los que en Cadiz clamaban tanto por la independencia, se escuchó en este emisferio, que por trescientos años gemía bajo el arrendado poder de los mandatarios.

¡Ingrata madre! Todos hemos arrastrado tus cadenas, pero la necesidad, la impotencia y el honor nos han disculpado de esta bajeza. Los sacrificios no han bastado á borrar de tu servil código el sello de esclavitud, con que habías marcado á las Américas, y en la agonía de tu poder conservabas la ferocidad y dureza de tu carácter. Ni las lenguas de nuestros sabios, ni la sangre de nuestros capitanes en la defensa de tu libertad contra la Francia, fueron motivos para que aflojases las cuerdas de nuestra triste opresión. Y V. E. conducido siempre por principios, combate bajo los primeros Generales de la moribunda España, y merece la aprobación, confianza y amistad de los Solanas, Romanas y Coupignis, desempeñando el



delicado cargo de Ayudante de campo, de estos tres hombres, restos de la heroicidad de los Vivares, Córdovas y Toledos. Y sobre los obstáculos que la política ministerial oponía á los ascensos de los nacidos en esta parte del globo, es elevado á Teniente Coronel de granaderos de caballería; y cuando Baylen recuerde esa campaña de gloria, ese esfuerzo de su libertad contra la tiranía, recordará también el nombre de V. E., y se cubrirá de luto al considerar que los oprimidos por la España sacrificaron su valor, y se espusieron á ser víctimas por sostener el decoro y dignidad de una madre desnaturalizada é inconsecente, que miraba como denda la generosidad de la hija, y que al paso que proclamaba su libertad, sostenía la esclavitud de los que derramaban su sangre por defenderla del yugo de la Francia. ¡Cuanto hizo V. E. ! Y todo contra su corazón, animado únicamente por el honor y las circunstancias que le tenían constituido bajo las banderas de los sucesores de Ataulfo. Jamas, Sr. Excmo., se desprenda del pecho de V. E. esa medalla de premio, con que la Nación distinguió á los fuertes de Baylen. Nada importa para la gloria de V. E., cuyo nombre gravará sobre la historia á la par de los primeros Capitanes; pero importa sobremauera para la justicia de

nuestra causa , para la dignidad de los principios de V. E. , y para la confusion de una metrópoli desconocida à nuestros sacrificios.

Ya los pueblos del nuevo emisferio han tocado la raya del sufrimiento , ya han conocido que solo les es propia la miserable gloria del obsequio (e), ó la mas funesta de pasar de la clase de siervos oprimidos , á opresores. Los extremos se tocan en todo sistema , y cuando se ajustan demasiado las cadenas , se rompen por el exfuerzo mismo de apretarlas. Si : ya se han quebrado por los mismos tiranos , y sus pedazos han resaltado contra ellos y contra los infelices cautivos. Quito , Venezuela , Buenos-Ayres , Chile , Santafé y Méjico han apellidado con ecos uniformes y constantes , ò la libertad , ó la muerte. ¡ Libertad ! ¡ Independencia ! ¡ Insurreccion ? ¡ Qué nombres ! ¡ Qué fuego eléctrico ! ¡ Qué rayo ilustrador de nuestros ocultos derechos ! Todo es animado , todo aparece con nuevo ser y enérjia. Las grandes ciudades y los humildes pagos se iluminan con la luz celestial de la dignidad de hombres , hollada por tres siglos. Desaparece momentaneamente la apatía de las pacíficas regiones , y el Genio de la guerra enciende sus antorchas aciagas , pero precursoras de nuestra independencia , y de la felicidad del mundo reciente , que ya desprecia la

tutela del antiguo. Sobrecojidos , aterrados y atónitos los podatarios de la tiranía , y tiranos por sí mismos , tiemblan y matan , suspiran y degüellan. ¡Ah! armados con irritacion del poder que se les escapa , inundan de sangre nuestros campos , y llaman en su defensa à los mismos à quienes desprecian y oprimen. Armàos, armàos nos dicen , para permanecer nuestros esclavos : degollad à vuestros hijos y hermanos; derramad vuestra sangre, sosteniendo nuestro despotismo y vuestra nulidad. No penseis en ser hombres : tal dignidad solo es dada à nosotros. La religion y el honor os llaman à empresa tan heróica. ¡O insulto ! ¡O degradacion ! ¡ Miserables ! La generacion presente os abandona al odio y desprecio de las futuras , y nuestra noble venganza será que admireis la elevacion de la América , que ya empieza à levantar magestuosamente su cabeza entre las primeras naciones. Vedla crecer , lamentad su felicidad y confundios. ¡Qué inútiles son vuestros conatos ! Asi como no hay esfuerzos para detener la brillante y necesaria carrerra del astro de las luces , tampoco los hay para estorvar el curso magestuoso de la libertad , que en el instante que aparece , corre con agigantados pasos á ocupar el sagrado solio de que le despojó la tiranía. Asomó á manera de la aurora , y en el instante su luz pura se

difunde por todo el vasto continente, y en tropel  
 confuso, pero en deseos ordenados, pública ó se-  
 cretamente todos los nuestros adoran á la pre-  
 cursora del día, colocándose á la sombra de  
 sus lábaros. Destrozo de fortunas, ruina de cam-  
 pos, muertes de nuestros hermanos presentadas  
 en mil formas crueles no enervan en lo menor  
 el amor á la libertad, lamentándose ménos las  
 ventajas de nuestros enemigos, que nuestros  
 propios defectos en los primeros choques, ten-  
 tándose siempre denodadamente las grandes y  
 peligrosas empresas, (f) ansiando por la gloria  
 con la vida ó con la muerte. Y cuanto mas se  
 enturbian las cristalinas aguas de nuestros rios  
 con la sangre preciosa de nuestros Gracos, en la  
 contienda mas heróica de la gloria con la infamia:  
 cuanto mas se embriagan nuestros tiranos, be-  
 biendo en su desesperacion la sangre de nuestros  
 héroes, tanto mas vigorosa aparece la libertad,  
 tomando nuevas fuerzas en sus caidas, cual Antéo,  
 que surgia mas robusto, cuantas mas veces era  
 arrojado en tierra por el hijo de Júpiter, ó cual  
 el Fénix, que muere para recobrar una vida mas  
 perfecta, no siendo sus cenizas patrimonio del  
 sepulcro, sino elementos de mejor existencia.

Pero ¡ ah! La América bregando con sus  
 tiranos, y V. E. bajo el estandarte ominoso de  
 la tirania? ¿ Marco Bruto dormirá, viendo la

cautividad de su patria, sin sacrificarle sus talentos y valor, y comunicar su espíritu libre aun á los que permanezcan aletargados en la mas larga servidumbre? Despréndete, despréndete ilustre Camilo de los lazos políticos que te unen á la Iberia, y vuela á arrojar de las capitales del nuevo Mundo á los Brenos, que no nos concedan la libertad con todo el oro y plata de Méjico, y el Perú. Mas V. E. acompaña á sus compatriotas con el espíritu, y se halla en cada instante presente á la sangrienta lucha de la razon y el despotismo, y suspira por volar á asociarse á sus hermanos, participando la gloria y los peligros, ó levantando el trono de la libertad, ó decorando su sepulcro, no sobreviviendo á la muerte de la Patria. Y superior á los obstáculos físicos y morales de tal marcha, se dirige V. E. al pais en que vió la luz primera, tocando antes en la gran ciudad que baña el Támesis, émula de la libertad romana; en donde se analizan en pleno dia los derechos del hombre, y se calculan los intereses y estados de las potencias de ambos mundos. Nada se oculta á la perspicacia de su alma grande, y enriquecido con ese caudal político se presenta en las fértiles márgenes del Plata, y se robustece la causa de nuestra suspirada independencia. ¡Cuánto vale un hombre de mas,

deca Luis XIV, cuando el gran Vandoma puesto á la frente de los ejércitos en la guerra de sucesion por la corona de España, triunfando en Villaviciosa fijó el cetro en las manos de Felipe V. Buenos-Ayres estaba conmovida pero no sistemada: proclamada su libertad habian despertado las virtudes que la acompañan. Todos los hombres se ofrecian gustosos al sacrificio en las aras de la Patria; pero necesitaban Genios, que organizasen las virtudes en desórden, y que reuniendo la calma de la mas tranquila filosofia al valor mas probado, y la política á la milicia, condujesen á su perfeccion el desprendimiento de las Américas y su Metrópoli. La Providencia les deparó en V. E. uno de los hombres propios para el tiempo y circunstancias, que se dió á conocer en el instante mismo en que se colocó en las falanges patrióticas. Si: el regimiento de granaderos de á caballo levantado por V. E. asombró á los primeros militares extranjeros, que conocieron en él la perfeccion de la disciplina, y toda la brillantez militar, capaz de competir con los fuertes, que en el Cayro y Austerlitz hicieron temblar á la Africa y la Europa. Pero que mucho, ¿cuando los soldados son el cuerpo y V. E. el espíritu que los anima? Y ¿cuando en su primer ensayo en San Lorenzo, V. E. sin esperar la

infantería à la frente de solos ciento cincuenta  
 hombres rechaza á quinientos , impidiéndoles el  
 desembarco, y destruyéndolos plenamente ; y  
 aunque dislocado un brazo , y herido en la ca-  
 beza , siempre con el sable en mano manda y  
 ejecuta, confundido con el último soldado, pre-  
 sentándose en todos los puntos en que dominaba  
 la muerte? Sereno en medio de los peligros, conti-  
 núa mandando la accion como el héroe de Thébas  
 la de Leuctres, y olvidado de sí mismo, la Patria  
 únicamente le ocupa , á ella ha sacrificado to-  
 dos sus instantes, y no cree satisfacer plenamen-  
 te esta deuda mientras le reste uno , que de-  
 je de emplear por su salvacion y su lustre.  
 Triunfó V. E. . . mas una bala de cañon mata  
 el caballo de V. E. , y precipitado de una altura,  
 un soldado español va à ofrecer en V. E. à su opre-  
 sora monarquía la víctima mas augusta. Yo salgo  
 de mí mismo , temiendo no tanto por la precio-  
 sa vida de V. E. cuanto por la mas preciosa de  
 la Patria. V. E. no morirá aunque salga de la  
 vida , pero hoy su brazo importa el de de la Pa-  
 tria. Ya el asesino descarga el golpe, pero un  
 granadero generoso no queriendo sobrevivir á la  
 muerte de su gefe, vucla en alas de su amor,  
 patriotismo y fidelidad, y matando al que se  
 gloriaba ya en la muerte de V. E. , cubriéndose  
 de gloria salva al apoyo de la Patria.

¡Mas qué contraste! Cuando en San Lorenzo entonaba la Patria los himnos mas fervorosos por los triunfos de V. E., en Vilcapugio vacilaba nuestra libertad con la derrota de sus defensores; y desalentado el ejército ¿quién podrá recoger sus restos y reparar sus ruinas? ¿Quién dar aliento al desaliento? ¡Ya parece ha muerto la esperanza, y se ha sepultado con los campeones que perecieron con las armas en la mano! ¡Ya se gozan nuevamente con un placer feroz nuestros opresores, y ya nos amagan con nuevas cadenas! Los fuertes han acabado ó por los combates, ó por las proscripciones. La nobleza encontrará en la riqueza y honores la recompensa de su esclavitud, prefiriendo la fortuna segura que le ofrezca el antiguo gobierno restablecido al peligro de combatir por la suspirada libertad (g). Mas consolémonos. Mesenia consiguió la suya despues de trescientos años, por la espada de Epaminondas, y el alto y bajo Perú, como el seraz Reyno de Chile, alcanzarán su independencia en igual tiempo por un grande general adornado de las calidades necesarias para imperar à la victoria. ¿Quién puede reorganizar el ejército destrozado como un jefe de una constitucion robusta, y superior à toda fatiga, que reuna la pericia al valor, y à la resolucion de em-



prenderlo todo el menosprecio natural de los placeres? ¿Quien sino un militar que posea el arte de la guerra, que hermane el ardimiento y la prudencia, y tome las medidas mas justas para la execucion de sus designos? ¿Que cuando sea necesaria la fuerza para el fin de sus empresas, sepa emplearla siempre conservándola, y cuando las materias pidan tiempo, oculte sus proyectos, disimule, engañe al enemigo, inspirándole una seguridad ilusoria, y se aproveche de sus descuidos, é ignorancia para arruinarlo completamente? ¿Donde hallar un hombre que conciba y execute las mas altas empresas, descendiendo igualmente á las últimas, y prestándose á todas como si á cada una dedicase todo su espíritu? ¿Que una á la elocuencia popular, la insinuacion, el gesto (h), y la constante posesion de sí mismo, que sepa dirigir á los hombres, porque sabe mandar sus pasiones, y que sea de un modo asombroso el jefe y el amigo de los soldados y los pueblos? Me abstengo Señor Excmo. de nombrar al que destinan los cielos para tan altos fines y sobre todo para la libertad de mi Patria. ¿Ni á qué nombrarle cuando ya está conocido en este imperfecto bosquejo? Ya somos libres; únicamente adulan los esclavos, y yo hablo por un cuerpo de sabios, los últimos que doblan la cerviz,

abatándose à incensar el ídolo, que erige el poder ó la lisonja. Pero á la manera que es despreciable el panegerista de los tiranos, es injusto el que encargado de ensalzar el mérito público, silencia el digno elogio à que es acreedor el que se arma por la justicia para defender la inocencia, amparar la debilidad, y consolar la desgracia; y que si se vale de los horrores de la guerra, es para establecer la paz, apareciendo tan terrible en los combates, como humano en la victoria. (i) V. E., dotado de las calidades propias à formar los grandes hombres, era solo capaz de resucitar al muerto ejército, de presentarlo en estado de hacer temblar con doble motivo à los opresores, y de destruir los delirios con que se prometían perpetuar su dominacion detestada constantemente por los pueblos.

Mas tanta fatiga de espíritu y cuerpo, sin dar à la naturaleza el reposo que demanda por necesidad y justicia, deteriora su salud, y la humanidad se rinde, á pesar de que V. E. se empeña en sostenerla: y retirado à restablecerse en Córdoba, en el instante en que se repara débilmente es destinado al gobierno de Cuyo, erijiéndose á sus instancias en intendencia, trabajando en ese punto militar y políticamente como un gran Capitan, y un gran hombre de

Estado; cubriéndose al mismo tiempo de la gloria militar y civil, apareciendo igualmente grande en el gabinete y la campaña. ¿Quién duda que la fuerza y la constancia tranquila, que demanda el gobierno de los hombres, debe contarse entre las heroicas virtudes, y que en ocasiones las campañas del gabinete son mas acreedoras á la gloria que las de los grandes generales, por exigir mas estudio y fatiga, multiplicandose el hombre para atender á las primeras y últimas necesidades del Estado? (j) Si los que antes conocieron la provincia de Mendoza, y examinaron su falta de recursos, y arbitrios para establecer una policia vigente y decorosa, y lo que es mas, para levantar ejércitos en donde no habia siquiera ideas de milicia, contemplar su presente cultura y que de su centro salieron los valientes libertadores de Chile, se preguntarán atónitos; como ha podido obrarse tal prodigio? Pero ¿de qué no es capaz el hombre con disciplina, y qué no emprenderá el que conoce el corazon humano, los tiempos y circunstancias, y saca el debido fruto, de sus reflexiones pacificas, teniendo vigor para executar lo que piensa? Si el Arauco defendió su libertad por muchos años contra la España con indigenas sin mas cota ni àrnes que la piel de sus pechos, y el amor de su Independencia,

dencia, al recuperar esta libertad tan ansiada por hombres recientemente formados, y animados por el fuego abrasador que les comunicó el Prometeo que los dirige, quebraron el cetro que gravaba sobre esos pueblos de un modo tan luctuoso: haciendo ver al mundo antiguo el reciente, que si le habia dado el último testimonio de su paciencia, tocando en el heroismo de la servidumbre (k), era llegado el feliz tiempo de que recuperando sus perdidos derechos, acreditase el heroismo de la libertad, y se manifestasen las virtudes, que la escoltaron, cuando se dexó ver en las repúblicas, que subsistieron en todo su esplendor mientras supieron conservarla.

Chile, el mejorado jardín de las Hespérides, el Eden delicioso del globo ofrece el cuadro mas acabado del dolor. ¡ Que sangre, que lágrimas han manchado su natural, y majestuosa hermosura! Treinta tiranos la han oprimido en las varias épocas de su glorioso choque, y entre ellos sus mismos hijos, que la han protegido despedazando sus entrañas. No nombremos á estos desnaturalizados patricios, que ni con su sangre han lavado las manchas de sus crímenes; compadezcamos á los hombres, que en su fondo son mas débiles que malos; y mas al pueblo que gime bajo un gobierno, que solo medita co-

no hacer infelices y delincuentes, que tiene contados aun los suspiros de los habitantes (1), y que en cada uno de ellos considera una victima propia para la expiacion de la alta culpa de haberse proclamado independientes. Todo respira ruina de familias, proscriptciones de ciudadanos, lágrimas de madres, hijas y esposas: y se halla el pueblo ni en tumulto, ni en quietud, sino en el fúnebre silencio de la ira y del terror (n), frutos miserables de la tiranía, cuando en tal angustia el nuevo Anibal atraviesa los Andes, como el antiguo los Alpes. Por veredas no holladas por la humana planta, ó apenas accesibles à un esfuerzo sobrehumano, sosteniendo acciones, y veuciendo riesgos á cada paso, penetra los Patos, Chupayas y Coimas (n) y presenta su fatigado exercito en Chacabuco. Marcò en la capital, y Maroto en el campo se enagenan por la sorpresa, y son casi derrotados antes que las tropas se batan en campaña. Los ejércitos de Darío contienden con los hijos de la Libertad, vigorizados por el gefe, que solo respira Independencia. Las primeras descargas de nuestros cañones anuncian nuestro triunfo, y la espada de V. E. con solo su brillo ha asustado á los bravos en sus gavinetes, pero no tanto en los campos de Marte. El terror se apodera de los enemigos al ver que mas arde en nuestras legiones el fuego de la li-

bertad que el no interrumpido de la espantosa artillería. La victoria es nuestra: los himnos de la libertad se escuchan en nuestros reales: entran las armas de San Martín en Santiago de Chile, la augusta bandera de la Patria se tremola magestuosamente, abrigando à sus hijos oprimidos, y sucede à la congoja pública el júbilo de todas las clases y condiciones del Estado, que en el éxtasis de su regocijo aun dudan lo que sienten y perciben, y solo se convierten al Dios de los Ejércitos, en cuya mano está la suerte de los pueblos, bendiciéndole por haber armado de fortaleza al Héroe, que recordarán absortas las generaciones.

El último sucesor de Pizarro, y sus proceres subalternos sobrecojidos del espanto, é incitados del enojo en sus complots de sangrienta venganza, y de su agonizante poder, meditan, combinan, y resuelven la expedición contra Chile, reconcentrando sus fuerzas, y poniendo en actividad todos los resortes de su débil política. Y despues de los horrendos preparativos de muerte, obligando à la ciudad à extenuarse sobre exànime, para que gozase el bien de remachar sus grillos, vimos con dolor una ciudad mártima en nuestro puerto, y suspiramos por la suerte de Chile, y la nuestra. Jamás fueron

ocupados nuestros mares de armada mas lucida y numerosa. ¡Tantos navios, tantos peltrechos, tantos veteranos aguerridos, prometiéndose los laureles en el instante que se dejasen ver en Talcahuano, todo anunciaba el triunfo del hijo de Pezuela, que ya se gozaba en repetir la triste escena de Rancagua! Pero este desconsiderado Hector no iba à combatir con Patrolo, sino con el mismo Aquiles, cuyas armas brillantes como el sol cuando sale del seno de las ondas haràn temblar al hijo de Priamo, y buscar su salud en la fuga (o). Esta consideracion era nuestra única esperanza, ahogados en el susto y la sozobra. Soldados que habian medido sus fuerzas con la Francia, regimientos expertos, diciplinados con todo el rigor del arte, y estimulados por el botin, van à chocar con reclutas que los mas de ellos por la primera vez se presentan al enemigo. Se avistan los ejercitos en Caucharrayada: los fuertes de la Patria ansian por señalar su ardimiento, y buscan solo la gloria en el triunfo ò la muerte. Y si por un instante en ese punto allaga à Osorio la fortuna, es para inspirarle el insano proyecto de conducir sus tropas à las riberas del Maypu. ¡Del Maypu? Ah! ¡Los siglos acaso reproducen en el Mundo Nuevo la campaña de Filipos, y tiemblan combatientes, y es-

pectadores por el éxito de la batalla! El corazón palpita queriendo salir de su seno, y el espíritu pierde su energía fijándose en estos instantes.... ¡Día cinco de abril del año décimo octavo, no estas escrito en piedra blanca, ni en bronce, sino esculpido en el corazón de todo americano! ¡Que horror! ¡Que sangre! ¡Que campaña! En balanza estan los destinos de los sacrificadores, de las victimas, y toda la suerte de la América. ¡Dios eterno! ¡Por quien decidiras la victoria? Que la sangre de tu Hijo contenga el derramamiento de la nuestra... Ya se oye el clamor de los soldados, y el tremendo sonido de las trompetas marciales::: (p) ya principia el combate::: la muerte domina en ambos campos, y caen los primeros, y los últimos, lamentandose para no acompañar á sus hermanos hasta la decision de la batalla. El fuego, fierro y plomo extermina las alas de una y otra falange. Viva la Libertad::: viva la España, son los únicos ecos que se escuchan, mezclados con los últimos suspiros de los que exâlan el espíritu. Ya vacila la suerte de la Patria; ya la de sus tiranos. ¡Que alternativa! Un siglo, un siglo ha corrido en las cuatro horas del combate... ¿Quien descontara estos instantes de la sucesion del tiempo? ¡Hasta cuando! Pero americanos, respirad, conso-



laos, vivid, coronad à vuestros campeones, la victoria es nuestra: ya el Milciades de la nueva Atenas à la frente de sus gefes, exórtando con su exemplo à los soldados, é impertérrito en los riesgos ha establecido la libertad de esta América, y ha humillado la fiereza de los Persas. **VIVA LA LIBERTAD, Y EL HE-ROE POR QUIEN TIENE VIDA.**

Chile erigió el monumento augusto de su libertad sobre los cadáveres de sus hijos, y de sus opresores; pero el Bajo Perú gime condenado á la arbitrariedad de los vireyes, que sintiendo el bayben frecuente de su trono, y el golpe mortal de su poder en la derrota de Osorio, ya pasan del dolor al delirio, y no hallan fiজেza, ni en sus obras ni en sus pensamientos. Contribuciones, cupos, juntas de arbitrios, empréstitos voluntarios, alivios del momento, todo conducia á su pronta muerte la dominacion de España. Roma no quiere à los Tarquinos, por mas que se esfuerzen à ocupar el solio, de que han sido arrojados. Ya sienten su nulidad, y se enfurecen, ya tientan medios, y encuentran desengaños, y á manera del enfermo, que no puede sobrellevar ni los males, ni los remedios (q), ven próximo su fin, y se alucinan con la esperanza de la vida. Mas como viento levísimo se les huye esta ilusion al divisarse las velas de

las naves de Fingal, tan claras à nosotros como el albor del oriente, y tan suspiradas como la luz pura de los cielos, à cuyo esplendor fugó la triste y larga noche de nuestro cautiverio (r). Ya el caudillo de la libertad toca en el puerto de Pisco, tremola el ayroso estandarte de la Patria, y proclama su independenciam en el mismo momento en que felizmente pisa nuestras costas. El solo nombre de V. E. augura la caída del imperio de nuestros antiguos Reyes: sus representantes atónitos y sin aliento se abaten perdiendo los últimos restos de esperanza, con que se prometian prolongar su dominio aborrecido. Las tropas de la Patria se dejan solo ver, y se abren los pueblos al ilustre capitán, que ceñido de laureles en San Lorenzo, Chacabuco y Maypu, despues de haberlos segado en la Europa, aun cree no haber hecho nada por la Patria, porque aun le resta que hacer, y abandona el reposo por la fatiga para quebrar las prisiones en que yace el Perú, que clama por la libertad, envidiando la suerte de los pueblos que ya la disfrutaban por su brazo. ¡Qué mucho se abran los pueblos al hijo de la victoria, que se negó à las justas recompensas que le brindaba la gratitud de Chile, desdeñando los grados, riquezas, y la misma Suprema Direccion, contento con la satisfacion de merecerla, y con

el amor de los pueblos, único patrimonio que no renuncian las almas grandes. Guayaquil se proclama independiente, y Trujillo animado por su digno Gefe, recuerda que en su suelo defendió su Libertad el gran Chimú, combatiendo con el mismo Inca Yupanqui hasta desbaratarlo, y poner en peligro su potencia, y prueba que los siglos corridos desde esa accion hasta el dia, no han extinguido su odio á la dominacion extranjera. Y tú, Lambayeque, amada cuna mia, tuviste la gloria de levantar en esa comarca la primera voz por la Libertad, y de acreditar eras digna de la elevacion á que aspirabas. Recibe el homenaje de un hijo, que se goza en tus virtudes, y espera los que te consagre la Patria en todos tiempos.

V. E. no puede escribir lo que Júlio Cesar : lleguè , ví , y vencí ; sino, llegué , y la noticia de mi llegada hizo volar á los pueblos á abrigarse á la sombra de mis banderas, nuncias de su libertad. Pezuela es derribado de su trono por los gefes de su ejército, varios de ellos sus hechuras, que le imputaban las desgracias de las armas españolas cuando con mas filosofia deberian haber hallado la causa en las consecuencias necesarias de la constante opinion de los pueblos por su emancipacion de la Penín-

sula. La Serna aparece de virrey, momentanea y militarmente erigido por los gefes de la tropa, que no atinan en sus providencias, caminando mas velozmente al precipicio cuanto mas se empeñan en sostenerse. V. E. tranquilo observa que ya han perdido el rumbo los pilotos, que en la borrasca política, trabajaban por conducir à puerto seguro la nave de la España: y reparando los destrozos, que hace la epidemia en mas de la mitad de sus tropas, con los patriotas que de todos puntos vuelan à reunirsele, permanece esperando el momento de triunfar sin combate, economizando la sangre de los que viene no à destruir, sino à proteger; y aproximado al Ancou, la desordenada potestad de la Hesperia con sus falanges, precipitada y atónita huye de la ciudad, à la manera que las aves de la noche dirijen aterradas el vuelo à sus guaridas, al percibir los càndidos crepúsculos de la aurora; y los exércitos de la Patria entran à Lima precedidos de las aclamaciones y del júbilo, expresando la ciudad en mil formas su placer, tanto tiempo reprimido, recibiendo à V. E. con mas ansia, que la capital del orbe al Hijo de la Patria, que de el lugar de su destierro vino à romper las cadenas de que la habian cargado los Gaulos, y à restituirle su antigua dignidad. Y V. E. es saludado por el Libertador mas humano, aspirando

todos al placer de conocerle ; corriendo en tropel los grandes y pequeños, las mugeres y niños, oprimiendose por verle , tocarle y abrazarle, dándose los plácemes de haber logrado tal satisfaccion. El iris despues de la tempestad mas destructora , no fue tan agradable. V. E. à todos se presta, à todos escucha , à todos contesta, à todos abraza, y los ojos no tienen otro objeto que V. E. Pero el hombre de campaña es tambien el hombre de Estado , y con la vista fixa en el ejército, dando las providencias mas enèrgicas para frustrar los planes del enemigo fugitivo parece atender unicamente á cimentar nuestra Independencia , juràndola en nuestras plazas y calles , siendo al mismo tiempo el gefe y el Herald que la anuncia, euarbolando por su propia mano el estandarte de la Patria , en medio de la pompa mas solemne , y exclamando con una voz que penetrò lo íntimo de nuestras almas:

**EL PERU DESDE ESTE MOMENTO INDEPENDIENTE DE LA ESPAÑA, Y DE TODA POTENCIA POR SU VOLUNTAD, Y POR LA MISMA JUSTICIA. ¡ O dia eterno !** Cuando Quinto Flaminio en los juegos istmicos promulgó la libertad de la Grecia , de que la habia privado Alexandro , que hasta el dia con insulto à la humanidad signe llamándose Magno , fuè tal el regocijo del pueblo, y tan esforzado el clamor del placer, que herido el ayre por las voces

de la multitud enagenada, roto el equilibrio del elemento en que se sostenian las aves, cayeron precipitadas á tierra (s). Pero cuando V. E. nos anunció nuestra libertad con la magestad de su caracter y de la misma embajada, absortos en nuestra felicidad, nos encantamos con ella, y con el paraninfo, que nos traia la nueva tan suspirada.

¡Que virtud es esta que destruye y edifica al mismo tiempo? Cuando V. E. derriba [sin derramar una gota de sangre el muro de la España, construye en el momento sin fatiga el de la América. Ereccion de ministerios y tribunales, decoro de la policia, extincion de tributos, libertad de los *Vernas*, institucion del Gobierno provisorio, paso franco del honor á todas las clases del Estado, nuevas órdenes de la Patria, fomento de la pública ilustracion, libre comercio..

¡Cuanto, cuanto en tan cortos instantes! Y sobre todo, ver aproximarse al ejército enemigo, despues de su precipitada fuga, que reconcentrando sus fuerzas, regresaba á recobrar la ciudad que habia desamparado, dejar entrar á sus gefes á la fortaleza, inspirarles la mayor confianza por la ocultacion de nuestras tropas, y presentarse estas súbitamente en toda la pompa marcial, y con la dignidad de guerreros libres, y con solo su presencia aterrarse los opresores, fugar desesperados

y rendirse los castillos sin dispararse otros tiros que los de las salvas al enarbolarse en sus torreonas las banderas de la Patria... ¡Que sucesos! ¡Que prodigios! Mas facil es numerarlos que engrandecerlos. Quede este acopio à la posteridad, siendo hoy toda alabanza inferior à los hechos, y expuestas à obscurecerse por el esplendor de los hechos mismos (1). Quede tan gran caudal à los Homeros y Virgilio, à los Osianes y Tasos, que producirà el nuevo mundo, cuando ya cosechen los frutos de su libertad, cuya semilla acaba de arrojarse en sus campos. Però ya arrebatado mi espíritu à esos tiempos felices, escucha los cánticos acordes de las Musas, y los himnos fogosos de la gratitud de los pueblos. Sabios que deco rais este Liceo, y que derramais la luz benéfica de la ilustracion, comunicando al espíritu el fuego divino, como el Sol el material à la naturaleza; vosotros à quienes es dado extender la vista hasta el horizonte de lo futuro, y escuchar los ecos de la posteridad mas remota, abrid vuestros ojos para ver, y preparad vuestros oidos para oir lo que no ve, ni oye el resto de los hombres. Ved y oid por todos ellos. ¿No veis ese arbol magestuoso, cuyas raices se dilatan por las regiones del Plata, Chile y el Perú, bañado por mil mares dulces, que besan su planta con respeto, y cuya copa se oculta entre las nuves? ¿No veis que su som-

bra benéfica abriga á los poderosos y humildes, y no veis la risa y el placer en todos los que acogidos á ella publican su felicidad en sus semblantes? Luces, industria, comercio, fraternidad y todas las virtudes son los frutos que producen todas las estaciones de su constante primavera. Ya no se aproximan temblando los esposos á sus lechos temiendo hacer infelices á sus hijos, y los esclavos bendicen el fruto de su amor, pues le miran libre de la servidumbre y de la infamia: todo respira libertad y honor, y el nombre de la Patria se lee unido al del Hijo, que justamente se aclama padre de ella. Ved sobreviviendo su memoria á la voracidad de los siglos, y vedle cultivando con sola su fama ese arbol, que en cada instante reverdece. ¿Ya habeis visto el grandioso espectáculo que os presentan las generaciones que van á sucedernos? Pues escuchad el celestial concierto, en que se ensalza á la Patria, y al Héroe, que la extrajo del polvo de la nulidad civil al solio de su grandeza. Oid, oid, no es ilusion. ¡Que gozo! ¡Que dulzura! ¡Que melodía! Los coros de las Ninfas vestidas con la ropa de la inocencia, y coronadas de rosas y azucenas, á orillas del Uruguay, del Plata, del Paraná, del Maypu, del Mapocho y del Rimac, han templado sus liras de oro, y han detenido con sus cantos las aguas, las



fieras y las aves. ¡Que suavidad! ¡Que armonía! ¡Quien tuviera mas de un corazón para sentir inundándose en este torrente de placeres! Ya, ya empiezan sus cánticos, escuchémoslos: Libertad, dicen, descendida de los cielos, rayo de la Divinidad, madre de las virtudes, salve, salve, salve. ¡O Patria! La religion del Evangelio es tu primera y sólida guirnalda. ¡Jamás, jamás se marchitan tus laureles! Tu pabellon brillante es acatado por todas las naciones, y á su vista se embotan los rayos de la guerra: todos te saludan amiga y no Señora de los pueblos. Pero en todos dominas por el amor, don necesario que ofrece gozoso el genero humano à tus virtudes. Gloria te sea dada, y al hijo que rompiendo las esposas à tus manos colocò en ellas el cetro. Buenos-Ayres, Chile y el Perú son libres, porque San Martin quebrò sus cadenas desde el momento en que restituido à la Patria, restituyó consigo la Patria misma. (u) Pueblos, repetid el nombre de vuestro Libertador, y encargad à las generaciones que os sucedan, que todas le consagren el tributo de la admiracion, gratitud y ternura.